

PALMA Y LOS SEIS CERDITOS: EL SALVAMENTO QUE DIO A LUZ AL SANTUARIO

«Debo combatir el dolor de los otros porque es dolor, como el mío. Debo obrar en bien de los otros porque son, como yo, seres vivos.»

SHANTIDEVA (686-763)

Coque y yo apenas llevábamos tres meses viviendo juntos. Habíamos hecho unos pocos rescates, aunque los suficientes como para que nuestros seguidores en las redes sociales no dejaran de aumentar; estaban tan enganchados como nosotros mismos por conocer las historias de los animales con los que convivíamos.

Para nosotros era todo nuevo. No teníamos experiencia en el trato con las aves sin explotarlas. Pronto vimos que, al mostrarles el mismo respeto que a los perros o a los gatos de nuestras familias, con los que a veces compartimos sofá y cama, no se comportaban de forma muy diferente a aquellos. Al contar con vídeos y fotos de lo que descubríamos se creó una comunidad de seguidores que esperaba cada día una historia nueva con la que aprender sobre esos grandes desconocidos, los mal llamados animales de granja.

Por Facebook nos llegó un caso grave de maltrato en Valencia, donde en una finca en la que vivían más de sesenta perros, la mitad había muerto de hambre. Todos se preocupaban de ellos en las redes, al contrario que de tres cerdos vietnamitas a los que también había que salvar (otros tres habían muerto).

Teníamos que hacer algo, rescatar al menos a uno. Y así lo hicimos: el 3 de agosto de 2012 fuimos a Valencia a intentarlo.

En la finca conocimos al propietario de esos animales. Tuvimos que contenernos mucho para no decirle lo que pensábamos y transmitirle que queríamos ayudarlo.

Conseguimos que nos diera a una cerda. Tuvimos que ver cómo la golpeaba y no decir nada ni mostrar ningún malestar, no fuera a arrepentirse de dárnosla. Soy muy impulsivo y se me nota mucho cuando algo no me gusta, así que evité mirar y hablé de otras cosas. Nunca me habría perdonado si por mi culpa no la hubiéramos podido salvar. Pero fue muy duro.

Una vez conseguimos subir a la cerdita al maletero del coche —y no resultó nada fácil—, salimos de aquel lugar a toda velocidad. Fue el inicio de un gran camino hacia su libertad, y a la de cientos de animales que también acabarían siendo rescatados gracias a ella. Decidimos llamarla Palma, en homenaje a todos los años de activismo en la isla.

El regreso de Valencia a Barcelona fue horroroso, tanto por el calor como por la agresividad de Palma durante todo el viaje. Solo había conocido el maltrato, y no sabía lo que era una caricia o distinguir que la hablaban con dulzura.



Después de cuatro horas de viaje, llegamos justo cuando Coque tenía que entrar a trabajar, así que paramos delante de la clínica y yo seguí mi camino hacia nuestra casa con Palma. Estaba muerto de miedo, igual que ella. Nunca olvidaré el momento en el que bajó del coche y empezó a caminar por el jardín. Ella no sabía lo mucho que iba a cambiar su vida. Yo sí.

Los primeros días de convivencia fueron toda una experiencia para nosotros. Era la primera vez que tratábamos con una cerda y sabíamos poco más que el tópico de que «de los cerdos se come todo» (se me ocurren muy pocas frases más crueles). Pero esta vez Palma iba a ser mucho más que algo a lo que servir en un plato.

Con los días fue viendo que nuestro trato hacia ella era muy diferente a lo que estaba acostumbrada, y cada vez

iba confiando más, hasta que un día por fin nos dejó acariciarla. Nosotros y ella misma descubrimos que el que le rascáramos la barriga era su punto débil: se derrumbaba en el suelo con tan solo ver que se la íbamos a volver a tocar.

Le gustaba tanto que cuando dejábamos de hacerlo nos atacaba. Por desgracia, no conocía otra forma de actuar que no fuese la violencia. Respondía con lo mismo que había tenido que sufrir toda su vida.

El 10 de agosto, tan solo una semana después de su rescate, de repente tuvo un cambio de actitud tan fuerte que pensamos que se había vuelto loca: empezó a arrancar los arbustos y plantas que teníamos en el jardín para amontonarlos en la zona más alta. Resultó que se estaba haciendo un nido. Al día siguiente se puso de parto y tuvo a seis bebés, un momento precioso que vivieron todos los que me





seguían en la redes, ya que yo iba grabando los vídeos y subiéndolos.

La valla de la casa se llenaba cada día de niños que querían ver a los cerditos, y nosotros aprovechábamos el momento para hablarles de cómo nos alimentamos y qué podemos hacer para cuidarnos y cuidar a la vez a los animales. El que a la vez pudieran mirarlos a los ojos los hizo mucho más receptivos a escuchar una versión muy diferente a la que todos hemos oído desde pequeños: los animales no son comida.

Todo aquello nos emocionaba mucho. Pero, con ser muy bonita, la situación nos suponía un problema: en la casa de alquiler en la que estábamos no podíamos vivir con siete cerdos.

Teníamos que tomar una decisión: o dábamos a los bebés de Palma en adopción y los separábamos de su madre para siempre, cosa especialmente injusta después de todo lo que ella había sufrido, o comenzábamos ya con el proyecto de la creación de un Santuario.

Y eso hicimos: emprendimos nueva aventura que cambiaría nuestras vidas y las de muchos animales, humanos y no humanos.